

Eduardo Moreno y el horror

Pedro Manuel VÍllora Gallardo

El mundo es misterioso y desabrido. Podría ser enigmático y luminoso, pero en los relatos de Eduardo Moreno abunda lo incógnito y se oscurece la luz. La noche, la podredumbre, la viscosidad, el hedor... Los distintos aspectos de lo lúgubre enrarecen el ambiente, narcotizando y asfixiando al lector que siente como suyos los padecimientos de unos personajes instalados en la amargura y la agonía.

Estos cuentos conforman un libro verdaderamente unitario. No es una mera recopilación de textos de procedencia tan diversa como puedan serlo también sus argumentos, estilos u objetivos. Esta habría sido una posibilidad, pero el autor ha preferido recopilar un ramillete de temas similares, de tal manera que el lector aprecie el rigor técnico con el que puede manejarse a la hora de crear atmósferas, historias y personajes familiares pero jamás iguales. Ha hecho bien, porque de esta manera estimula y centra una obsesión que puede encandilar tanto al amante del género en cuestión cuanto al rastreador de mundos propios. Y es evidente que Eduardo Moreno tiene un mundo propio que ama, en el que se desenvuelve con agilidad y soltura, de cuyos maestros se deja imbuir y al que sirve con tanta eficacia como pasión.

Son cuentos que exhalan un aliento gótico, el mismo que inspirase las creaciones de Radcliffe, Shelley, Lewis, Maturin, Poe, Stoker, Meyrink o Lovecraft. Relatos articulados en torno a una idea del terror que acoge la enseñanza romántica de que el mayor conflicto es el que se da en el interior de uno mismo, y a la vez recupera la concepción clásica de la catarsis como fármaco del alma sostenido sobre la piedad y el temor. Drama interno del que es metáfora el espanto de los hechos acontecidos. Piedad porque los lectores lamentamos, sentimos y padecemos el dolor experimentado por los personajes. Temor porque, en definitiva, nos estremecemos ante la posibilidad de que eso que ellos sufren pueda ocurrirnos también a nosotros.

Es curioso que el género gótico, el desarrollo de las presencias sobrenaturales y fantasmales, la eclosión de lo siniestro y la inquietud sobre el inconsciente acaeciesen en el siglo XIX, una época marcada por los avances tecnológicos, las revoluciones económicas y las conquistas sociales. El siglo que abrió el curso de la Historia a la modernidad fue, también, aquel en que artistas y escritores bucearon en el pasado y en

lo inefable para hallar el contrapeso oscuro y telúrico del progreso. Parecían querer decirnos que, por mucho que avanzásemos en la transformación y hasta destrucción de tradiciones y atavismos, no podríamos escapar de las fuerzas irracionales e instintivas. Así, en sus textos asistimos a la Naturaleza afirmándose y reafirmandose, burlándose de quienes pretenden descifrarla y acabando con quienes aspiran a funcionar al margen de sus misterios.

Cuando Eduardo Moreno plantea que los demonios habitan entre nosotros, que las profundidades abisales pueden abrirse para que sus habitantes se aparezcan con los humanos, que algunas comunidades religiosas se parangonan con enjambres anhelantes de liderazgo o que la biología y la cibernética pueden tener aspiraciones encontradas a la hora de tratar el fin del mundo, lo que hace es asociarse con una noble estirpe de artistas que cuestionan el presente no desde la crítica directa y descarnada sino mediante el recordatorio de que hay fronteras del saber que no son traspasables ni manejables para una mente que no pueda o no sepa desprenderse de las anteojeras de lo racional.

Si la tecnología, el progreso y la razón, todos ellos aliados de la Ilustración, aspiran a ordenar el mundo con una perspectiva científica y aséptica, Eduardo Moreno nos expone ante la idea del horror que nos asalta por las noches y del que no conseguimos desprendernos. Y lo hace sin aspavientos, sin regodearse en descripciones de lo deforme, lo aberrante o lo monstruoso. Apenas se entretiene en decirnos qué forma tiene eso horroroso que nos vigila. Simplemente lo señala, nos dice que está ahí y nos previene de que es difícil que lo evitemos porque en última instancia lo albergamos dentro de nosotros.

La técnica favorita del autor para transmitirnos los hechos es el relato. Alguien cuenta lo que ha visto o lo que sabe, o bien se leen en el testimonio escrito por quien los vivió. Es un recurso habitual en los maestros del género, cuya elección en pleno siglo XXI, cuando los acontecimientos cotidianos prácticamente no se narran sino que estamos expuestos a ellos en un directo permanente por los medios de comunicación que jamás se apagan –antes bien se superponen-, es un aldabonazo estético y ético por parte de Eduardo Moreno. Parece pedirnos que detengamos por un momento la agobiante profusión de imágenes e informaciones que nos rodea para meditar, siquiera un instante, sobre ellas. Para pensar, en realidad, sobre aquello en lo que nos estamos convirtiendo. Para aventurar si es verdad que nos perfeccionamos o si acaso este ritmo febril de eventos y circunstancias que nunca se asimilan no estará sirviendo para transformarnos, de modo casi imperceptible, en el horror que nos negamos a admitir.

Admiremos, pues, el regusto voluntaria e inteligentemente arcaico de unos cuentos que, pareciendo que hablan de una época pretérita, no se dirigen a otro tiempo salvo al nuestro.